

¿QUIÉN ES ESTE?

*Jesús de Nazaret
sin discursos ni sermones*

Jorge Oesterheld

ΑΡΤΟΝ ΗΜΩΝ ΤΟΝ ΕΤΤΙΟΥΣΙΟ
ΔΙΔΟΥΗΜΕΙΝ ΤΟΙΣ ΛΑΗΜΕΡΑ
ΚΑΙ ΑΨΥΣΙ ΗΜΙΝ ΤΑ ΚΟΙΝΙΑ ΤΙΑΣ
ΗΜΩΝ ΚΑΙ ΓΑΡ ΑΥΤΟΙΑΦΙΟΜΕ



¿QUIÉN ES ESTE?

*Jesús de Nazaret
sin discursos ni sermones*

Jorge Oesterheld

LAS PALABRAS Y LOS DÍAS



Diseño: Estudio SM

© 2022, Jorge Oesterheld
© 2022, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3836-8
Depósito legal M 182-2022
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Los discípulos, atemorizados,
se decían unos a otros:
«¿Quién es este?»
(Mc 4,41).

INTRODUCCIÓN

Todas las palabras de Jesús de Nazaret contienen enseñanzas admirables, pero en este libro nos interesa especialmente reflexionar sobre aquellos relatos de los evangelios que hablan del vínculo entre el Maestro y sus discípulos. No vamos a detenernos en los discursos ni en los sermones, solo vamos a observar cómo se muestra en los evangelios la relación entre el Maestro y esos hombres y mujeres que se acercaron a él y lo siguieron por los caminos de Galilea. Allí es posible descubrir algunas pistas que nos permitan, dos mil años después, encontrar a ese mismo Maestro. Realmente, en el siglo XXI, ¿es posible ser discípulos de ese misterioso Nazareno?, ¿cómo lograrlo?

Los textos de los evangelios son el camino más directo para acercarse a la figura de Jesús. Los relatos de Marcos, Mateo, Lucas y Juan hablan del Maestro de Galilea de una manera irremplazable. Hoy, gracias a la explosión de las tecnologías de la comunicación, estos cuatro libros han alcanzado una difusión extraordinaria. Actualmente, las personas pueden acceder a ellos, sin mediaciones ni interpretaciones, haciendo un par de clics en sus ordenadores o comprando por poco dinero esas obras que antes resultaban prácticamente inaccesibles. Nunca como ahora ha

sido tan fácil acercarse a estas sorprendentes narraciones. Sin embargo, en la actualidad, el camino de los cuatro evangelios no suele ser aprovechado para aproximarse al Maestro. Entre estos textos y quienes vivimos en el siglo XXI se interponen algunos obstáculos que para muchos resultan insuperables.

El primero de esos obstáculos radica en un hecho paradójico: las personas no se acercan a los evangelios porque creen que ya los conocen. Por diferentes motivos –quizá debido a alguna instrucción catequística recibida en la infancia–, la mayoría considera que ya no puede encontrar en ellos nada novedoso. Las personas habitualmente creen que ya han buscado ahí y que no han encontrado nada; al menos nada útil para sus vidas y sus necesidades concretas. Además, la aproximación a estos textos tiene otra dificultad: en los evangelios se habla con naturalidad de algo de lo que ya casi nadie habla: se habla de «Dios». De Dios y de su relación con los hombres y las mujeres. ¿Cómo hablar de Dios en el comienzo del siglo XXI? La misma palabra «Dios» prácticamente ha desaparecido del vocabulario cotidiano y ha sido reemplazada por otras que se utilizan para evitar esa expresión. Se habla de la «energía», la «fuerza», el «ser», y otras expresiones similares, pero no como sinónimos de «Dios», sino como formas de evitar la palabra «Dios». Parece que la palabra «Dios» ha quedado como contaminada por la utilización que de ella hacen las religiones oficiales y que se intenta reemplazar de alguna manera.

A estas dos dificultades que presenta la lectura de los evangelios se añade una tercera que tiene enormes consecuencias en la vida de muchas personas: hoy las búsquedas espirituales suelen tener como objetivo alcanzar algo de paz, armonía, equilibrio interior, autoconocimiento, autorrealización u otros ideales similares, y en los evangelios es difícil encontrar algo así. Los evangelios son relatos que, en lugar de saciar nuestra sed de conocimientos o nuestra curiosidad, ofrecen algo diferente y que parece poco atractivo en nuestros días: enseñan a convivir con el enigma que es la vida; son textos que no ofrecen respuestas tranquilizadoras, sino que proponen conocer y aceptar misterios inquietantes, invitan a convivir con misterios, no a descifrarlos.

¿Cómo leer los evangelios en este tiempo marcado por situaciones urgentes, sorprendentes y, en ocasiones, angustiosas? Algunas preguntas que antes se originaban solo en discusiones académicas o disquisiciones teológicas ahora son dramática y dolorosamente apremiantes. La inquietud por encontrar un futuro, un sentido de la vida o una explicación trascendente, lejos de ser una cuestión filosófica para académicos, se ha convertido en un desafío cotidiano para cualquiera. ¿Qué sentido tiene todo esto?, ¿cómo podemos hacer para sobrevivir?, ¿hay en los evangelios alguna respuesta? Estas preguntas inquietantes surgen cuando el fenómeno religioso parece haber desaparecido de la conciencia de millones de personas y de culturas enteras por primera

vez en la historia de la humanidad. Hasta hace poco, todas las sociedades se apoyaban sobre determinadas creencias que procuraban dar respuestas a los misterios inaccesibles a la razón humana. Sin embargo, hoy, especialmente en las sociedades llamadas más desarrolladas, la cultura considera que el ser humano debe apoyarse solo en sí mismo y considera las creencias religiosas como una etapa que debe ser superada. Los hombres y las mujeres deben afrontar en completa soledad los desafíos que suponen las preguntas más esenciales que plantea la vida.

Este contexto de conmoción global y de profunda crisis afecta también a los cristianos en general, y muchos de ellos se acercan a la figura de Jesús de Nazaret, pero simultáneamente evitan la ayuda de instituciones en las que no confían. ¿Cómo encontrar, o reencontrar, al hijo de María y José que cambió la historia de la humanidad?, ¿por dónde comenzar una búsqueda en soledad?, ¿se puede escuchar nuevamente su voz?, ¿acaso es posible encontrarlo en los evangelios? Este libro es una invitación dirigida a creyentes, no creyentes o escépticos, una invitación para acercarse sin prejuicios a estos cuatro libros que hablan de Jesús de Galilea. ¿Qué podemos encontrar en ellos?, ¿qué tiene que decir este extraño profeta judío a los hombres y mujeres posmodernos?, ¿cómo hablar de «religión» en un tiempo en el que pocas veces se pronuncia la palabra «Dios»?

Los que escribieron los evangelios no utilizaron nuestra tinta ni nuestro papel, no se inclinaron sobre teclados y luminosas pantallas, pero hicieron exactamente lo mismo que hace cualquiera que escribe: buscaron en su interior palabras que expresaran lo que querían transmitir, seguramente corrigieron varias veces y sintieron la impotencia y el cansancio que acompañan el esfuerzo de la escritura. Finalmente, se resignaron a no encontrar una manera mejor de expresarse y decidieron dejarlo así, porque así era mejor que nada y de alguna manera había que decir lo que habían visto y oído. Juan, como cansado de escribir, termina su narración diciendo: «Jesús hizo también muchas otras cosas. Si se las relatara detalladamente, pienso que no bastaría todo el mundo para contener los libros que se escribirían» (Jn 21,25). Para ponerles un nombre a sus relatos, los autores utilizaron una expresión griega: *evangelio*, que quiere decir «buena noticia». Estos textos hoy llegan hasta nosotros después de pasar por muchos intermediarios que intentaron comprenderlos, y algunos hasta procuraron darles significados inalterables. A pesar de tantas explicaciones y reflexiones, conservan hasta nuestros días secretos inquietantes, novedades deslumbrantes y abismos que dan vértigo; contienen palabras que conmueven por igual a piadosos creyentes y a inquietos buscadores.

De los textos evangélicos, como de todos, se pueden hacer muchas lecturas, y cada una de ellas ser

válida y estar cargada de riquezas. La variedad de interpretaciones de las mismas palabras no debería sorprendernos. En todos los tiempos, las personas han reaccionado de diferentes maneras al aproximarse a estos relatos a la vez sencillos y desafiantes. Ya en el siglo IV, san Efrén, alguien que no podemos considerar influido por la modernidad, escribía acerca de los evangelios:

La Palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que abocara su reflexión.

Este diácono nacido en Siria y que, además de místico, era poeta, músico y escritor, agrega más adelante: «Aquel, pues, que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar». Luego ofrece algunos consejos: «Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente». Y concluye:

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento, lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco¹.

En los últimos tiempos, gracias a los descubrimientos de las ciencias, se han logrado inmensos avances en el conocimiento de las culturas en las que los evangelios fueron germinando. Debido a esos hallazgos, el siglo xx ha sido, probablemente, uno de los más fructíferos en el descubrimiento de infinidad de riquezas hasta entonces desconocidas. Estas investigaciones han permitido superar uno de los mayores obstáculos con los que se tropezó durante siglos y que dificultó acceder al inagotable tesoro simbólico y paradójico que los caracteriza: la interpretación literal de los textos. Esos desafíos que plantean los diferentes sentidos de los relatos evangélicos se ven hoy ¿enriquecidos?, ¿superados?, ¿relegados?, por otro desafío que ha irrumpido en la escena a partir de Internet y de la revolución de las tecnologías de la comunicación: hoy son inconta-

¹ *Comentario de san Efrén, diácono, sobre el «Diatéssaron»* 1,18-19: SC 121, pp. 52-53.

bles los individuos que, además de acceder fácilmente a los textos sagrados, aportan sus comentarios, y de esa manera las diferentes interpretaciones se multiplican hasta el infinito. Este fenómeno ha aumentado el vértigo de quienes en el siglo pasado se sintieron al borde del abismo al descubrir que sus lecturas de las palabras del Maestro de Galilea eran solo eso, una lectura, una más entre muchas posibles. La transformación provocada por las tecnologías de la comunicación ha puesto de manifiesto algo nuevo y para muchos sorprendente: ya no se trata solo de los diversos sentidos que se pueden encontrar en los textos, sino de algo más profundo; la pregunta ya no es solo «¿qué quiere decir esto?», o también «¿qué me dice esto?», sino otra algo diferente: «¿Qué dice esto de mí?».

Hoy sabemos que los diferentes significados que se descubren en los textos hablan de los lectores además de mostrarnos algo sobre quienes escribieron, hablan de nosotros mismos además de aproximarnos a los contenidos que los autores quieren transmitir. Al acercarnos a estos relatos encontramos todo tipo de situaciones y personajes de tiempos remotos, pero también nos encontramos con descripciones que reflejan nuestro mundo y, a veces, con un espejo que reproduce nuestro propio rostro. Es fascinante asomarse a los evangelios. En ellos descubrimos que son escritos que, además de hablar de Dios, de Jesús, del reino de los cielos o de diversos temas extraordinarios, hablan de cues-

tiones nuestras, cotidianas e íntimas, ponen una lupa sobre nosotros mismos y los misterios que nos habitan. Leyendo estos textos podemos tropezar con nuestros temores más profundos y nuestros mejores sueños.

Atreverse a una lectura personal de estos relatos es una experiencia que nos permite acercarnos a ese Maestro de Galilea. Esa lectura personal e íntima nos llevará luego hacia otras, hacia lecturas y explicaciones que algunos santos o grandes personajes hicieron de las mismas palabras, o a las que han hecho especialistas desde la teología, o, también, a las enseñanzas que se proponen desde las Iglesias. Sin embargo, cada una de esas lecturas nos enriquecerán solo si somos capaces de comenzar por un encuentro personal con estos textos y con aquel Maestro de quien ellos hablan.

Cuestiones metodológicas

El núcleo de nuestras reflexiones se expone en tres capítulos. En el primero observaremos a Jesús de Nazaret como «Un maestro que sorprende», y recorreremos diferentes momentos en los que el Maestro se presenta con un modo de enseñar que hasta en nuestros días resulta absolutamente novedoso y desconcertante. En el capítulo siguiente, «Unos discípulos perplejos», veremos cómo los evangelistas se describen a sí mismos como hombres y mujeres

que siguen al Maestro a pesar de no comprenderlo. Finalmente, en el tercer capítulo –«Un vínculo para siempre»– daremos un salto para descubrir de qué manera ese vínculo de Jesús con sus discípulos se prolonga hasta nuestros días. Terminaremos como comenzamos, reflexionando sobre la actualidad.

Por una cuestión de orden y para facilitar la lectura, vamos a seguir principalmente el relato del evangelio de san Marcos, que es además el más breve de los cuatro; sin embargo, cuando el tema lo exija, recurriremos también a pasajes de los otros tres. Los textos elegidos son solamente una selección muy limitada; en una lectura directa de los evangelios pueden encontrarse muchos más.

1

JESÚS, UN MAESTRO QUE SORPRENDE

Cuando Jesús comienza su vida de predicador itinerante, llamó la atención su manera de hablar: «Todos estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc 1,22).

En la tradición de Israel, los escribas eran los que copiaban los libros en los que se conservaban las tradiciones, aquellos que hacían nuevas copias de los mismos textos para que las Escrituras Sagradas fueran guardadas y leídas en las sinagogas. Los escribas eran los expertos, los que más sabían acerca de las tradiciones y las leyes; poco a poco se convirtieron también en los que explicaban la Ley y la interpretaban.

Jesús enseña en las sinagogas y en los caminos, pero habla de otra manera, habla «como quien tiene autoridad», con una autoridad diferente de la de los estudiosos. ¿Cómo habla este extraño maestro?

El punto de partida

En su evangelio, Marcos presenta a Jesús por primera vez junto a un río, el río en el que bautizaba Juan el Bautista. A diferencia de Mateo y Lucas, que co-

mienzan sus relatos sobre la vida de Jesús de Nazaret a partir de los acontecimientos que rodean su nacimiento, Marcos no se refiere ni a María, ni a José, ni al pesebre, ni a los reyes magos. Al comenzar de esa manera, este evangelista también se diferencia de Juan, que empieza su escrito remontándose hasta el inicio de los tiempos con una expresión cargada de misterio: «En el principio era la Palabra...».

Hasta esa orilla del Jordán a la que se refiere Marcos iban para bautizarse quienes se consideraban a sí mismos pecadores y querían comenzar una vida nueva. ¿Por qué Jesús se pone en la fila de los pecadores y desde allí comienza su enseñanza?, ¿por qué desde ese lugar?, ¿qué significa su gesto? En muchas ocasiones, el Maestro volverá a elegir un sitio desconcertante para transmitir sus enseñanzas. Sus mismos discípulos se sorprenderán al verlo comer en casa de quienes eran considerados hombres o mujeres impuros; o también al encontrarlo hablando a solas con una samaritana; o al ir a alojarse a la casa de Zaqueo, el rico recaudador que cobraba impuestos para el Imperio opresor en perjuicio de sus hermanos judíos.

Lo que ocurre el día del bautismo junto al Jordán es la primera de una larga lista de actitudes en las que claramente el Maestro nos dice algo, nos envía un mensaje. La reiterada actitud de presentarse junto a quienes eran despreciados por las autoridades religiosas y por la mayoría del pueblo es una señal sugerente que indica algo importante.

¿Por qué este desconcertante rabí, al mismo tiempo que exhorta a alejarse del pecado, come con gente de mala fama, viola la Ley al tocar a los leprosos y, además, se deja tocar por prostitutas? Mucho antes de que infinidad de moralistas se esforzaran inútilmente en explicar esta actitud, el mismo Maestro expresó con su lenguaje simbólico y a la vez muy claro el significado de lo que hacía: «No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos [...] porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9,12). O también: «¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, ¿no deja las noventa y nueve restantes en la montaña para ir a buscar la que se extravió?» (Mt 18,12).

Sin embargo, esas respuestas, sencillas y comprensibles, para algunos no fueron suficientes. A lo largo de la historia, una y otra vez aparecieron personajes que intentaron reducir el mensaje de Jesús a un conjunto de enseñanzas moralizantes, a pesar de esas actitudes y palabras del hijo de María y José. En algunos casos, esos individuos lograron su objetivo y convirtieron algunas comunidades cristianas en tristes caricaturas del mensaje original o, peor aún, en espacios en los que reinó el terror del autoritarismo y la manipulación de las conciencias. Pero los evangelios siguieron ahí, repitiendo porfiadamente aquellas actitudes y palabras rebosantes de misericordia y sabiduría.

A lo largo de la historia ha habido numerosos intentos de apropiarse el Evangelio y convertirlo en

una moral implacable, pero los textos siempre han conservado vivo ese mensaje que, al mismo tiempo que plantea un cambio de vida, desborda misericordia con los que no logran los cambios que se proponen. Desde ese primer momento en el que, junto al río, el Maestro de Galilea se muestra entre gente sospechosa, su figura se convierte en consuelo para los que se acercan a él buscando ser comprendidos y, en ocasiones, perdonados. Simultáneamente, ese Maestro se convierte en fuente de inquietud y desconcierto para los seguros de sí mismos, para aquellos que no tienen de qué arrepentirse.

Cuando Marcos comienza su texto junto al Jordán, más que fijar un punto de partida cronológico parece estar señalando una referencia desde la cual se debe entender todo lo que presentará a continuación. Además de ser el principio porque se trata del comienzo de su relato, es el principio también porque señala el punto de partida desde el cual se quiere presentar esa sorprendente historia que comenzó junto a las orillas de aquel río.

¿Cuál es entonces la novedad que tanto atrae a quienes se acercan a Jesús? La novedad de su mensaje no radica en su rechazo del pecado y de los males del mundo: eso lo hacen siempre todos los que, como el Maestro de Galilea o Juan el Bautista, se presentan proponiendo una palabra de salvación; lo novedoso, aquello que solamente encontramos en Jesús, radica en el hecho de que su anuncio exigente es acompañado por una misericordia desconcertante

y, además, el hecho de que el cambio de vida que propone se puede lograr –como veremos después– a partir de una decisión interior más que de un fatigoso esfuerzo de la voluntad.

Desde el desierto

Marcos nos ofrece también otro comienzo: inmediatamente después del relato en el que se nos narra el bautismo en el Jordán, se presenta una escena que muestra a Jesús en el desierto, es decir, en un lugar inhóspito y lleno de dificultades (Mc 1,12-13). Se dice que allí vive rodeado de fieras y, un peligro aún mayor, «es tentado por Satanás». Para imaginar esa escena no es necesario dejar que el pensamiento vaya a desiertos de arena y viento, no es necesario ir tan lejos; si miramos a nuestro alrededor, descubrimos fácilmente que así de inhóspitos y peligrosos pueden ser también los sitios en los que vivimos. Nuestras ciudades y pueblos también pueden convertirse en espacios de insondables soledades y amenazas de todo tipo. El desierto está más cerca de lo que parece. Nuestra vida y la de nuestras familias y amigos transcurre en una extrema fragilidad. Cuando Marcos sitúa a Jesús en el desierto, está diciendo algo sorprendente y sugestivo: aquel que se mezcló con los pecadores comienza su actividad en un lugar que se diferencia muy poco del mundo inseguro y difícil en el que todos vivimos.

Además de ser peligroso, el desierto es un lugar de silencio. Pero el silencio del desierto es más que una serena interrupción de ruidos que permite descansar; es inquietante, es el silencio en el que suelen aparecer miedos y tentaciones. Atreverse al silencio no siempre es lo mismo que procurarse un momento agradable. Cuando el silencio se prolonga, deja de ser un lugar vacío, se convierte en un espacio poblado por sonidos que habitualmente no escuchamos y que súbitamente descubrimos que nos acompañan en todo momento. Más que descanso, ese silencio nos ofrece la posibilidad de mirar de otra manera lo que nos rodea, de prestar atención a cosas que están ahí pero que, sin embargo, no vemos.

Por otra parte, cuando permanecemos en silencio un tiempo prolongado, además de descubrir sonidos en nuestro entorno, descubrimos sonidos en nuestro interior, pensamientos o sensaciones que nos acompañan minuto a minuto, pero en los que no nos detenemos. ¿Miedos?, ¿tristezas?, ¿frustraciones?, ¿recuerdos de momentos agradables, pero lejanos e irrepetibles? El silencio no es un lugar vacío, habitualmente se parece a la famosa caja de Pandora, ese recipiente que, según cuenta la mitología griega, contenía todos los males del mundo.

Lo sabemos por experiencia: también hoy, en cuanto permanecemos en el silencio, brotan como malas hierbas los miedos y las tentaciones. Estas tentaciones pueden ser muchas y de todo tipo: la tendencia a encerrarnos en nosotros mismos y olvi-

darnos de los demás, el escepticismo, la violencia, la envidia, la fuga hacia el consumismo, la evasión a través de las drogas, el juego o el alcohol, la búsqueda de la seguridad en el dinero y la avaricia; muchas, muchísimas tentaciones para calmar los temores que aparecen en la soledad y los silencios.

El autor del evangelio nos dice que allí, en esa situación, Jesús afronta tentaciones sutiles y peligrosas: la tentación del poder, la tentación de utilizar en provecho propio la Palabra de Dios y la tentación de desviarse de su misión y ponerse al servicio de los poderosos del mundo. En nuestros desiertos también nos acechan tentaciones parecidas: la tentación de la tristeza y del resentimiento, o la de una religiosidad superficial y vacía, sin compromiso ni amor, o la tentación de querer manipular a Dios en lugar de intentar conocerlo y amarlo.

Finalmente, en este momento del texto se nos señala que «los ángeles le servían», como una forma de decir que, en medio de esos peligros, Dios estaba con él y lo protegía. También en nuestros desiertos podemos encontrarnos con ángeles que consuelan. El mensaje que contiene esta imagen es claro: la presencia del Señor no suprime el desierto, él lo recorre con nosotros y nos ayuda a transitarlo.

En muchas otras ocasiones, Marcos recuerda que Jesús se encuentra rodeado de peligros. Sus días no son tranquilos. Se le ve yendo de un lado para otro; en algunas ocasiones, discutiendo duramente y, en otras, se le puede observar hasta huyendo y escon-

diéndose. Se enfrenta con personajes siniestros que buscan la manera de silenciarlo, y los peligros irán en aumento hasta que finalmente sea condenado a muerte. El mensaje del evangelista es claro: alguien que pretenda seguir a este Maestro y vivir una vida que se parezca a la suya no puede añorar una vida tranquila y sin problemas; al contrario, seguirle es decidirse a llevar una existencia conflictiva y llena de tensiones.

Nos cuesta entender esta dimensión de la vida cristiana, porque, en nuestro tiempo, como señalamos al principio, se piensa en la religión o la fe como si fueran técnicas o prácticas para estar en paz, lograr un equilibrio interior, no sufrir, alcanzar una vida tranquila. Hasta en algunos discursos u homilías que se escuchan en las iglesias no se sabe si se está hablando del Evangelio de Jesús o de una idílica isla caribeña. Hoy muchos cristianos buscan en la práctica religiosa una forma de sentirse bien y no encuentran alguien que les diga que no es eso lo que se puede encontrar en los evangelios. «Os dejo la paz, os doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No os inquietéis ni temáis!» (Jn 14,27); el Maestro promete una paz diferente, una paz que convive con los conflictos, una paz que, junto a él, se puede encontrar.

Sin embargo, en estos mismos textos descubrimos que esa vida plagada de dificultades no convierte al Señor en un personaje duro, afligido, atemorizado o angustiado. Se le ve siempre rodeado de

peligros, pero a la vez tranquilo y confiado; transmite esperanza y se mueve con libertad hasta en las situaciones más difíciles. Leyendo los evangelios, se puede descubrir fácilmente que la paz de Jesús brota de su confianza ilimitada en Dios, a quien llama *Abbá*, es decir, «Padre», más precisamente: «Papá».

Desde los tiempos de aquel Galileo hasta los nuestros, la fe, más que un seguro de comodidad, es una manera de transitar silencios y desiertos. La decisión de seguir a Jesús implica para los discípulos atreverse a vivir esa confianza sin límites. Desde el comienzo, estos textos nos dicen claramente que un cristiano no es practicante porque realice ejercicios de piedad o cumpla al pie de la letra todos los mandamientos; lo que un cristiano practica, en primer lugar, es esa confianza que no impide los dolores, sino que da fuerzas para vivirlos y transformarlos. «La obra de Dios es que creáis en aquel al que él ha enviado» (Jn 6,29).

Una propuesta diferente

Los que van hasta la orilla del Jordán quieren cambiar sus vidas, y tanto Jesús como Juan el Bautista invitan a un cambio de vida profundo y completo (Mc 1,15). Sin embargo, la propuesta de Jesús es algo diferente a la del Bautista. En las palabras y los gestos de Jesús desaparecen las amenazas y son reemplazadas por expresiones de ternura y misericordia;

el motivo por el que es necesario cambiar ya no se origina en el temor al castigo, sino en el amor incondicional de un Dios tierno y cercano. Ambos hablan del reino de Dios o del reino de los cielos, pero Juan dice que está por venir y Jesús insiste en que ya está. Para el Maestro, el Reino, además de futuro, es también presente. Para acceder a ese Reino, tanto Jesús como el Bautista hablan de cambiar de vida, de convertirse, pero la misma palabra no significa exactamente lo mismo en los labios de uno que en los del otro.

¿Qué quieren decir los evangelistas cuando utilizan esta expresión: «convertirse»? Probablemente, antes de estampar esa palabra en sus escritos, los autores buscaron entre muchas palabras similares. El término griego utilizado para expresar este tipo de cambio es *metanoia*. Se trata de una expresión clásica y cargada de historia: *meta* indica cambio; *nous* se refiere al conocimiento; es decir, que se habla de cambiar la manera de conocer, cambiar la manera de mirar. Atreverse a mirar desde otro lugar implica un nuevo rumbo, el comienzo de una nueva manera de vivir. Si observamos con atención, descubrimos que se habla de una nueva manera de vivir que comienza en el momento en el que logramos ver algo que antes no veíamos.

Como ya hemos dicho, Juan insiste con energía en abandonar una vida de pecado, y lo hace en un tono amenazador: para evitar los castigos que se anuncian es necesario realizar un gran esfuerzo. En

las enseñanzas del Maestro, sin embargo, convertirse es mucho más que alejarse del pecado a fuerza de buenos propósitos; se trata de algo más profundo; se trata, en primer lugar, de mirar de otra manera, de cambiar el punto de vista; ver de una manera nueva a las personas, las cosas, la creación entera.

Convertirse, en labios de Jesús, es aprender a ver como mira él, más precisamente, ver a Dios como él lo ve y ver todas las cosas desde ese punto de vista. ¿Por qué es tan importante esta diferencia? Porque, cuando se logra dar ese paso interior, además de encontrar un nuevo rumbo, descubrimos también una fuerza nueva gracias a la cual es posible lograr cambios profundos y duraderos.

A veces confundimos el camino y nos proponemos seguir a Jesús sin dar ese paso, sin intentar mirar la realidad desde el lugar desde donde él mira y desde donde él nos invita a mirar; entonces nuestros buenos propósitos naufragan una y otra vez. Es cierto que, en las enseñanzas del Maestro, convertirse implica cambiar de actitudes y de maneras de actuar, abandonar malos hábitos y malas acciones, pero, más que algo que se logra con el esfuerzo de la voluntad, es algo posible de concretar con la fuerza que nos invade al verlo todo de una manera nueva.

La clave, lo novedoso, se encuentra ahí: con nuestras fuerzas y nuestros buenos propósitos podemos cambiar durante un tiempo algunas cosas, pero esos cambios suelen ser pasajeros y generar otras angustias, y no es a eso a lo que se nos llama. El Maes-

tro, además de hablar de cambiar, habla de volver a nacer, de vivir como hombres y mujeres diferentes. Jesús nos invita a la vida de los hijos que confían en su Padre del cielo, a una vida parecida a la suya.

La palabra «conversión» llegó hasta nosotros algo distorsionada. Se la relacionó con la decisión de aceptar una convicción religiosa diferente a la que se tenía; más comúnmente se la utilizó para designar la acción de abandonar otra religión y abrazar la fe de la Iglesia católica; así, un converso se considera alguien que ha abandonado el mal camino y ahora acepta las enseñanzas de la Iglesia. Esa manera de hablar de la conversión reduce el significado de la palabra y la aleja del sentido que tiene en los evangelios.

En la enseñanza de Jesús, convertirse, más que algo que se hace un día, en un momento, es una actividad constante. Cuando Jesús dice a sus discípulos: «Vosotros, estad prevenidos, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor», ¿les está amenazando? O cuando dice: «Entendedlo bien: si el dueño de casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, velaría y no dejaría perforar las paredes de su casa. Vosotros, estad también preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada» (Mt 24,44), ¿acaso Jesús quiere asustarlos? Es imposible pensar que la intención del Maestro sea atemorizarlos, porque en todo momento el Señor les dice que no deben tener miedo. Estar atentos quiere decir que debemos poner atención, mirar

bien, escuchar con cuidado; la expresión no indica que debemos tener miedo.

Jesús está hablando de una actitud, está diciendo que, si estamos atentos, descubrimos los signos que muestran la cercana presencia de Dios, las señales que permiten entrar en el Reino. «Convertirse», más que cambiar alguna costumbre, alguna opinión o ciertas convicciones, consiste en cultivar una actitud. Es una actitud y una actividad que ponen en movimiento, que despiertan fuerzas interiores, que encienden una pasión, una búsqueda, una energía nueva que impulsa a obrar de una manera hasta ese momento desconocida.

Una comprensión muy limitada, y muy difundida, de la conversión como la decisión de abandonar una vida de pecado redujo esta palabra clave solo a una cuestión moral, a una imposición, un deber ser al que se puede acceder si se tiene suficiente fuerza de voluntad. Es verdad que quien se convierte cambia su vida anterior, pero quien se convierte, más que pretender abandonar una vida de pecado, es alguien que ha descubierto algo y, al descubrirlo, encuentra también en sí mismo una fuerza que le impulsa a vivir de una manera diferente.

De la misma forma que alguien, cuando descubre su pasión por la música, o por el deporte, o por cualquier actividad apasionante, encuentra algo que lo atrae, que lo atrae con fuerza y que despierta en él una fortaleza interior que antes desconocía; quien se convierte, además de encontrar en sí mismo algo

que debe cambiar, descubre una fuerza nueva que lo impulsa hacia eso que ha descubierto y que desea alcanzar.

A diferencia del Bautista, Jesús, además de reclamar que se abandone el pecado, propone algo completamente nuevo que despierta en sus discípulos una atracción que les hace abandonar todo para seguirlo. Jesús, en lugar de proponer a sus discípulos cambiar de vida apoyándose solo en sus propias fuerzas, les propone que se dejen llevar por una fuerza nueva y diferente que brota en el interior de cada uno cuando se toma la decisión de confiar en él.

Cuando convertirse o cambiar de vida es solo un deber ser que nos autoimponemos, rápidamente nos cansamos, y lo más probable es que abandonemos el esfuerzo o que ese esfuerzo nos convierta en personas duras e intolerantes. El esfuerzo que hace el discípulo de Jesús se parece más al esfuerzo del deportista que quiere alcanzar una meta que al esfuerzo que realiza quien debe cumplir con un trabajo agotador que carece para él de interés. Es penoso observar que nuestras comunidades, en muchas ocasiones, se parecen más a un grupo de personas abrumadas por un duro trabajo que a un grupo que avanza con alegría hacia una meta que le apasiona.

Al mirar los discípulos las cosas tal como el Maestro las presenta, descubren en sí mismos nuevas fuerzas. Jesús les muestra con su manera de tratarlos que la mirada de Dios sobre ellos es mucho mejor de lo que habían imaginado. En los textos apa-

rece con claridad algo paradójico: la mayor dificultad que tienen los discípulos para cambiar su mirada y, gracias a ese cambio, tener fuerzas para seguir al Maestro, radica en lo buena que es la Buena Noticia.

También en nuestro tiempo nos cuesta creer que la noticia sea tan buena; que esté a nuestro alcance; que la Buena Noticia radique en que *Dios no es como nosotros lo imaginamos*; nos resulta difícil aceptar las palabras y los gestos de este Maestro que habla de Dios como un Padre que se fija antes en lo que necesitamos que en lo que merecemos.

Espíritus impuros

En la primera ocasión en que Marcos nos muestra a Jesús hablando ante un grupo de gente, narra un hecho que dos mil años después suena muy extraño: el evangelista dice que el Maestro es interrumpido por «un espíritu impuro» que habita en uno de los presentes, y que ese espíritu comienza a gritar mientras Jesús enseña (Mc 1,23-28). Esta es la primera vez que, en este evangelio, el Maestro encuentra un obstáculo en su actividad. La escena se desarrolla en una sinagoga y, para mayor sorpresa, ese espíritu se presenta diciendo que ya sabe quién es Jesús y dispara una pregunta desafiante: «¿Has venido para acabar con nosotros? Ya sé quién eres: el Santo de Dios». ¿Qué sabe ese espíritu?, ¿a quiénes se refiere ese «nosotros»?

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
Cuestiones metodológicas	15
1. JESÚS, UN MAESTRO QUE SORPRENDE	17
El punto de partida	17
Desde el desierto	21
Una propuesta diferente	25
Espíritus impuros	31
Vayamos a otra parte	35
La pureza en los caminos	38
«Para que sepáis»	39
Mandamientos y tradiciones	42
Discusiones y riquezas	46
Amarás	50
2. UNOS DISCÍPULOS PERPLEJOS	55
El entusiasmo inicial	55
Las crisis	65
El final	74
Un nuevo comienzo	80
3. UN VÍNCULO PARA SIEMPRE	87
Encontrar hoy al Maestro	87
Dos mil años después	95

La Iglesia, una pregunta necesaria	104
Escuchar una voz	108
CONCLUSIÓN	113
Una extraordinaria oportunidad	113
Un maestro diferente	120